

ESCANDALO Y POLITICA

WATERGATES A LA EUROPEA

Decididamente, 1973 va a entrar en los libros de Historia como el año más prolífico en amoralidades internacionales. Las ha habido para todos los gustos: teléfonos controlados dentro de los panoramas políticos italiano y francés; el Watergate «show» como mingitorio público de republicanos y CIAS en activo; las compras de votos y vetos electorales en el mercado negro alemán, y los chuleteos falderos de la aristocracia inglesa. Ya sólo falta saber en qué trillados caminos se desenvuelven los rusos, belgas y suecos para tener el cuadro europeo —Portugal, Grecia y España no están para estos trances— bien completo y adiestrado. Decididamente, tamañas singularidades merecen todo un tratado de buenas costumbres, que está en el ánimo de casi todos, y que si nadie ha osado abordar todavía, se debe, supongo, a la timidez congénita de todo plumero de gacetas. En cuanto se dispare la imaginación —no es imprescindible que llegue al poder, con que se quede en los pasillos ya basta— los libros sobre moralidades históricas van a convertirse en auténticos «best-sellers», con el previo permiso de los patronos. Ya se sabe que las siglas de «honestidad», «democracia», «bien común», etcétera, tienen estas cosas guardadas. Igual se disparan con el sexo y los auriculares que con el espionaje «a go-gó» y el napalm, ingredientes conocidísimos que desde mucho tiempo ha nos viene reservando nuestra madre —¿conocida?

¿desconocida?, vaya usted a saber con tanto barullo— Historia. Pero la esencia persiste. Tampoco nuestro Felipe II iba a luchar contra los elementos.

De momento lo que sí parece evidente es que de tanto escarbar en el meollo del sistema, el celuloide y la prensa han abierto los pasillos de la información. No todos, claro, puesto que ya se sabe que el fondo de la olla debe quedar intacto para el próximo guiso. Pero nos han adelantado algo, un poquitín más de lo permisible, para que podamos hacernos a la idea de que algo pasa en las zonas del «nunca pasa nada». Aunque, eso sí, pase lo que pase, nunca pasará todo por el puchero. Es la ley del «pasodoble».

El vicio y la virtud

A pocos días de que a los colegas Richard Nixon, Willy Brandt y

un juego unilateral, para mister Heath resultaba ser un juego mixto a partes iguales, que es como mejor suelen resolverse los juegos en nuestro planeta. Por suerte, en el punto más álgido de la moralidad deshecha, en el momento en que los confesonarios públicos comenzaban a abarrotarse, aparecieron la sonrisita de la princesa Ana y los pantaloncitos del capitán Phillips, cortando por lo sano todo el entarimado de los lores. El primer beso en público de la pareja —con el previo reconocimiento de que los privados eran incontables, lo que hace suponer que en la sacristía del Parlamento británico existe un libro sobre la jerarquización de morales— eliminaba de un tajo todos los problemas del señor Lambton, del señor Jellicoe, de sus respectivas esposas y demás familia, del señor Heath y de la guerra del bacalao, al tiempo que convertía a

biera empeñado en buscar comunistas en los dormitorios de señoras. Inglaterra tenía experiencia en estos casos. En julio de 1963 llegaron a sumarse ante los «delirium tremens» de la modelo Christine Keeler nada menos que un lord, Profumo; un médico osteópata, Stephen Ward —a medio camino entre el doctor Watson y Feltrinelli—, y el agregado naval soviético, tan famoso por las especiales caricias a las esposas de diplomáticos yanquis, que al final tuvo que sentar sus reales posesiones en las frías estepas de Siberia. Y si en aquella ocasión había un soviético en calzoncillos, ¿quién podía asegurar que en ésta no estuviera toda la flota del Mediterráneo, o las tropas del Pacto de Varsovia? Ya se sabe que en cosas de amor y dormitorio no hay vicio que por virtud no venga.

La polución de los espíritus

Para los franceses, lo que se debatía en todo este tinglado era la «polución de los espíritus», «la falta de espiritualidad propagada por los intelectuales de izquierda». ¡Tómala! Algo así como las películas españolas de los años 50, pero con salsa real. Y es que los muchachos de la V República recordaban los «parties» de Mauricette Bernardin, ex amante del Rey Faruk según la leyenda, que a finales del pasado año almorzaba entre mantas y colchones con ministros

Giovane Leone les sonara el gong de la Historia, el «premier» inglés Edward Heath tuvo que sofocar el primer incendio. Como el de sus compañeros en el podio, se trataba de espías, con la modalidad de que al pobre ministro de su Graciosísima y siempre Dignísima Majestad le salieron entre las sábanas en lugar de entre bastidores. Lo que para los otros representaba

Londres y a su Parlamento en un paraíso terrenal que para sí quisiera nuestra cosedora María. Con el consiguiente arrebató de cólera —pura envidia, sí señor— de mister Nixon y mister Brandt de no disponer de hijas casaderas en momentos tan delicados.

La cosa hubiera quedado así si la OTAN, como las películas americanas de los años 50, no se hu-

DOMENEC FONT

WATERGATES A LA EUROPEA

centristas —recuerde *Taking off*, de Forman, y se pondrá en situación—, o la dama de Lyon, que, por no llegar a tan alto vuelo, se conformaba con el comisario Jean Maitre, especializado en subversión y porras.

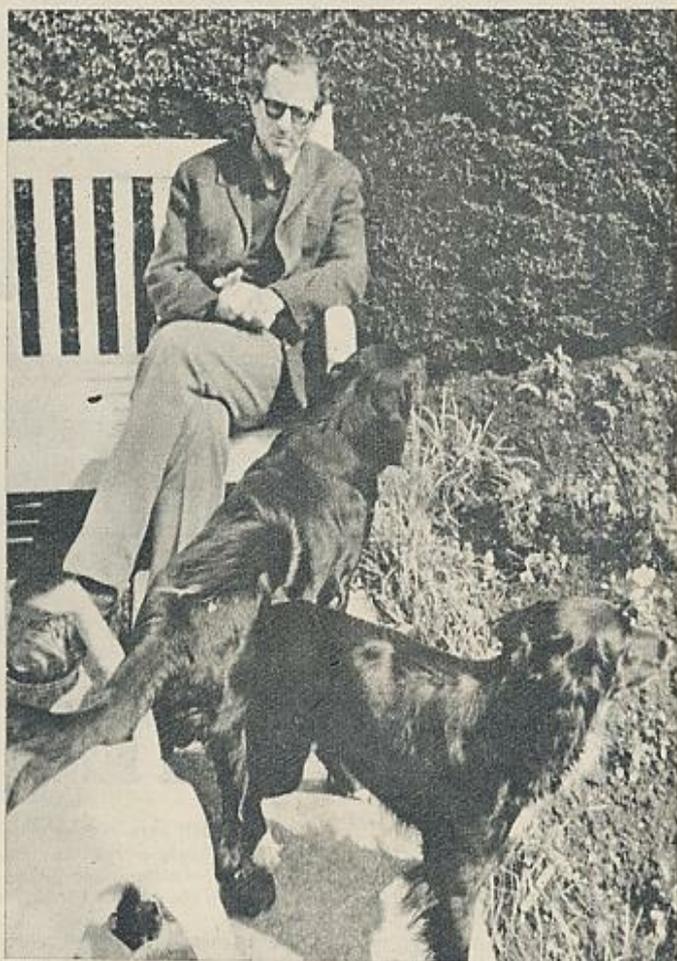
Lo que no recordaban los franceses de la cúpula era la cara del portugués que se cayó al Sena gracias a los barbaristas de *L'Ordre Nouveau*, el asesinato de tres dirigentes palestinos, la represión de los inmigrantes norteafricanos —el film del mauritano Med Hondo, *Soleil 0*, retrata a la perfección este estado de cosas; curiosamente, la crítica de centro derecha recordaba, a raíz de este film, que el problema de los africanos podía hacerse extensible a los españoles, así que se prohibió el film en nuestro país y «tutti contenti». Es de suponer que Chaban Delmas, que sabe mucho de todo esto y de otras muchas cosas, etiquetaría la cuestión con una «degradación de valores», aunque según Christian Hébert («Le Nouvel Observateur», número 447) lo que hay es una «agrandación de valores», dado que el vicio comporta anualmente en Francia la suma de 300.000 millones de antiguos francos, bastante más que la sociedad petrolera ELF-ERAP.

Cuando lo de las madames hizo aguas llegaron los inspectores de impuestos venales, dedicados a arreglar hojas fiscales a las grandes empresas. De esto Chaban Delmas no dijo nada, pero tuvo que abrir la boca su colega Giscard

D'Estaing cuando «Le Point» le pegó el sopetazo en las narices. Resultaba que la empresa Socefi era la encargada de reducir derechos de patente a sus compañías previo pago de especies, que, curiosamente, no resultaban ser hierbas colombinas sino talones bancarios. Así cualquiera. Hasta Edouard Dega, que el pasado año dedicó sus días y sus horas a este mismo asunto y hoy descansa en la Costa Azul. Cuentan que un inspector de impuestos, al saberse vigilado por la Policía Judicial, apuntó timidamente: «¿Y quién vigilará a la Policía Judicial?». Nota al margen: el inspector de impuestos está en Suiza de vacaciones forzadas, y la Policía Judicial en su sitio. Pompidou está enfermo, o sea, que nada.

«Affaires» de todos los colores

A pocos días del desmadre político entre sábanas, estallaba en la capital londinense otro escándalo que haría sonrojar a mister Heath y colocaría la pipa de mister Wilson un poco más hacia el centro. En el Londres de los ingleses eran detenidos el arquitecto John Poulson y el funcionario del Scottish Office William Pottinger, por un asunto de corrupción, que en lugar de sábanas blancas, iba con piedras de estraperlo. El arquitecto pillín conseguía contratos de construcción —para quien haya tenido la suerte de verlo, le con-



Lord Lambton descansa después de su dimisión a raíz de estallar el caso de las «call-girls».



Christine Keeler, protagonista femenina del caso Profumo, en el que también apareció mezclado el agregado naval soviético.

viene recordar el film de Rosi Le mani sulla città, donde empresarios de la construcción y alcaldes de centro derecha organizaban «ententes» rentables; como el film ocurría en Nápoles toda la camarilla de empresarios privados interpusieron demandas hacia el director por calumnias y demás; cinco de ellos eran detenidos dos meses después, 1964, por estafas de millones, lo que son las cosas— como si fueran palomitas de maíz, pero a precios altos. Mucha política y políticos de por medio, pero la cuestión fue zanjada en un subir y bajar de pantalones.

Si los liberales vuelven a la carga en torno a este asunto, es porque «el cuarto poder» les ha informado que Spiro Agnew, «gavilán» por la gracia de Dios y de Nixon, gustaba de codearse en Baltimore con las grandes constructoras, los grandes arquitectos y los grandes políticos de la escalada. A todo eso lo llaman los yanquis «violaciones» de la ley criminal— aunque una ley que ha parido Calleys a manta, ha bombardeado Vietnam y se ha cargado negros como si fueran rosquillas, no hay señor que la vio-

le, ni amparándose en la nocturnidad—, y, en cambio, los ingleses no tienen todavía nombre fijo.

Treinta días después de nuestra historia, Scotland Yard descubría en la «house» de un detective privado miles de fascículos, documentos, informaciones y fotografías de importantes personajes —importantísimos, ¡pardiez!— y se los confiscaron. Los del Scotland debieron pensar que ese Sherlock Holmes de capa caída podía convertirse algún día en un Gabriel Aranda bis y armar las de San Quintín. Así que detención, multa, y asunto concluido. Y para que la pipa de mister Wilson —oficiante de investigador en la casa real— se pusiera a tono, la prensa nos enseñó otra historia de lobos. Los irlandeses de Dublin habían podido detener a los hermanos Littlejohn, puestos en este mundo por los servicios secretos británicos para saltar bancos —y si les sobraba tiempo, cargarse a McStiofin y Patrick Garland— en nombre de una fracción del IRA. Mediante hilo directo con el Ministerio de Defensa inglés, los hermanos desamparados trabajaban a sueldo —y qué sueldo—.



El caso Profumo, en 1963, ha sido posiblemente el más famoso de los escándalos erótico-políticos. En la fotografía, Profumo y su esposa (la actriz Valerie Hobson), durante unas vacaciones en Venecia.



Lord Earl Jellicoe, compañero de lord Lambton en el caso de las «call-girls».

sólo que con los pantalones puestos. Uno piensa que igual después del IRA, sus majestades les hubieran enviado a Gibraltar para despenar el peñón y cargar el mochuelo a D. Blas. Todo se paró a tiempo —Incluso el peñón—, y los «Watergates a la inglesa» pudieron ser controlados, para honra y gloria de las buenas familias.

Contrólese a su gusto, caballero

La cadena empezó a fabricarse públicamente en Italia. Hace unos meses, la opinión pública soltaba su rubor latinizado ante la noticia de que su teléfono —y el del carnicero, el de Claudia Cardinale y el del señor Presidente— estaban siendo controlados por un «poder

invisible», que actuaba a modo de guardián del poder establecido, defendiendo y controlando al mismo tiempo todas sus zarandajas sobre la ley, el orden y demás enseres domésticos. Rápidamente, el señor Presidente Giovanni Leone —todo un león, por cierto— empezaría a dudar de los servicios de sus James Bonds particulares, una vez comprobado que hasta estos auriculares oficiales estaban siendo controlados por otros miembros incontraolados. Hace poco corría por nuestras pantallas un film de Damiano Damiani, **Confesiones de un comisario**, que se dedicaba precisamente a jugar con estos aparatos. Sólo que allí «el poder invisible» estaba a nivel de juez y magistrado, un control al que podía llegar el Presidente en sus momentos más alicaídos. La realidad, no

obstante, picaba más alto, llegaba hasta el dormitorio —decididamente, no podemos alejarnos de estas deliciosas antesalas— del mandatario máximo. Pero ya se sabe que celuloide tan verdoso no podría conocer pastos españoles.

El juego de los controles ha llegado a tener su máxima potencialidad en los Estados Unidos, país, como se sabe, controlado por los Incontrolados teléfonos de la First National Bank, American Telephone, Standard Oil, General Motors, ITT, Ford, Banca Morgan, United Fruit, etcétera, y que en estos precisos momentos quiere —democráticamente, claro— descontrolarse. El primer paso para ello parecía que iba a darlo la CIA —si no lo dio fue debido sobre todo a que tenía una bajada en picado de la Telefónica mundial— al anunciar un destape, una «humanización» y un despido de personal. No es extraño que ante este notición la opinión pública —que, por cierto, no se ruboriza con tanta facilidad como la italiana, Vietnam obliga— espere verdaderos milagros. Por ejemplo, llegó a esperar que gracias al desmadre del arcángel de la guarda nos enteráramos que Patricio Lumumba, Ben Barka, Enrico Mattei, el «Che», el general Kassem, Feltrinelli y Dag Hammarskjöld estaban veraneando en las costas balcánicas, que las «obras benéficas» de la República Dominicana no eran los intereses azucareros, las de Guatemala no eran fruteros, las de Chile auríferos y las de Oriente Medio petrolíferos, y que los «marines» estaban en paro.

Pero eso no ocurrió, porque los demócratas —esos izquierdistas, ¡pardiez!— se les adelantaron organizando el baile del Watergate, que, como su nombre no indica, es una cuestión de espionaje y no de mingitorios de peseta. ¿Qué han conseguido los demócratas? Pues nada menos que criar hijos bastardos —léase Watergates— y repartirlos por el globo, «poner en peligro nuestras libertades y nuestros procedimientos democráticos», poner nerviosos a los pilotos de los

B-52 destruyendo completamente tres poblaciones camboyanas —amigas por si fuera poco— por error y colocar a Occidente en manos de los rusos.

Y, sobre todo, los tios de la izquierda yanqui, tomando a Nixon por ordenador electrónico —pues se van a quedar sin grabaciones, ¡hala!—, han conseguido que las acciones de la Telefónica suban estrepitosamente. O si no, vale la pena preguntárselo al señor Pompidou, tranquilo él, tranquila ella, que ha tenido que oírse frases como la de que 5.000 teléfonos de Francia están siendo controlados continuamente. Y ha tenido que leerlo, aparte de la letra y rúbrica del semanario satírico «Le Canard Enchaîné», por señoritings hasta el momento fuera de toda sospecha. Así Albin Chalandon, ex ministro que tropezara precisamente con los auriculares y que ahora se toma la Ley del Talión como si fuera una aspirina. Y quien dice Chalandon dice Michel Poniatowski, sólo que al revés. El tal chaquetero fue secretario de los republicanos independientes y es hoy ministro de Sanidad. Y cada cosa en su sitio. A Pompidou le han informado que existían «dossiers» sobre políticos de la oposición, periodistas, dirigentes sindicales, e, incluso, ministros, y que todo esto pasaba por el Grupo Interministerial de Control, que dirige Eugène Cail্লাud. Y él, inocente y silbante, ha prometido arreglo pacífico. De momento ha recopilado la frase pronunciada en 1970 por el entonces ministro de Justicia, señor Plevin, a las orejas del Mitterrand: «Ningún país del mundo ha renunciado a la utilización de este medio para proteger al Estado y al interés público. Así que no hay por qué preocuparse». Para quedar tranquilos durante las vacaciones no está nada mal la frase, sí señor.

La seriedad y el golpe

Hay otros escándalos que durante este año (como en el anterior y presumiblemente en el siguiente) nos han ido llegando en cuentagotas y que no proceden del árbol genealógico del Watergate, que no entran dentro de las triquiñuelas de los «affaires» mencionados, en tanto que su persistencia es una de las claves del poder, de su conservación y de sus métodos. Son los escándalos carcelarios, las barbaridades realizadas y silenciadas dentro de las penitenciarías en cada país y cada momento. Recogiendo una expresión de Manolo Vázquez, las cárceles son los camiones que sólo atropellan a peatones, peatones de una Historia que no hay cuarto ni quinto poder que nos descubra con toda su complejidad. Cuando alguien lo intenta —léase Georges Jackson desde Soledad y San Quintín—, las ametralladoras hablan por sí solas.

WATERGATES A LA EUROPEA

Da igual que se llamen penitenciarías, centros especiales o institutos psiquiátricos. Da igual que abanderados de pluma torcida se obstinen en ignorarlos. Existen, y unos peatones las sufren. Eso es todo.

Cuando Nanni Loy filmaba *Detenido en espera de juicio*, en especial cuando filmaba aquellas escabrosas escenas de los presos amotinados en los tejados de la cárcel de Regina Coeli solicitando mejores condiciones de vida —salubridad y alimentos, no precisamente teléfonos ni «call-girls», mientras la Policía italiana hablaba su lenguaje, debía sospechar, sin duda, que hay situaciones que la Historia se empeña en repetir por mucho que se denuncien o se ignoren. Hace pocos días, el penal de Regina Coeli registraba el mismo incidente, el mismo tejado, los mismos hombres solicitando una reforma del Código Penal y del sistema penitenciario, las mismas pancartas con la salvaje inscripción de «Somos hombres y no animales». También entonces las autoridades judiciales invitaban a los reclusos a rendirse con ayuda de los megáfonos mientras con ambas manos abrían la puerta a los batallones. También ahora, como en el film, algunas alas de la prisión fueron saqueadas e incendiadas bajo el lema de «Reformas, sí; promesas, no». En el local de estreno, una señora con aire de «belle de nuit» gustaba repetirle a su pimpollo frases del tipo de «esas cosas sólo le pasan a Alberto Sordi».

Cuando Tom Gries y Truman Capote señalaban en *La casa de cristal* la realidad de un sistema agresivo, tal vez no pensarán en Attica

ni en Rockefeller, tal vez no pensarán en la cárcel de Chino o la de Alcatraz, pero el director de aquella cárcel hablaba el mismo lenguaje que David Hall, gobernador de la penitenciaría de Oklahoma, una vez sofocada la rebelión de finales de julio. Seis de los prisioneros iniciaron la revuelta al grito de «Esto es la revolución», y al poco rato se habían sumado 700. Dos helicópteros y más de mil policías lograron «controlar la situación pacíficamente». Por esta palabra se indica la entrega por parte de los presos de cuchillos y garrotes, no pistolas, puesto que no las tenían, y el enterramiento de dos amotinados muertos por arma blanca. Ese es su lenguaje.

El lenguaje del presidente del consejo italiano, Mariano Rumor, ha llegado por boca de dos diputados milaneses, el democristiano Sangalli y el socialdemócrata Rizzi, y estriba en solucionar el problema a base de la traslación de las cárceles fuera de los centros urbanos. Se supone que en el centro todo prisionero debe oler a puerco, y eso no conviene para los señores que hicieron sus Pascuas con el escándalo del Number One. El lenguaje de Mario Zagari, ministro de Justicia, al acceder desde un cristal a prueba de balas a hablar con las 120 reclusas del sector femenino de la cárcel romana de Reibibia —en el mismo lugar se había amotinado el sector masculino dos meses antes— fue el de señalar que para las solicitudes oficiales hacen falta dos pólizas y tiempo.

Tiempo para la llegada de los carabinieri y los federales, se entiende. ■ D. F.



Mandy Rice Davies, amiga de la Keeler y amiga también de Profumo, del agregado naval soviético y del doctor osteópata Stephen Ward.

ELECTRONICA

LOS TRUCADORES DE CINTAS

Aun admitiendo que el Presidente Nixon acepte el reto y se decida a entregar al senador Erwin las cintas registradas en el despacho ovalado de la Casa Blanca, de modo que sólo éste y el fiscal Archibald Cox puedan escuchar su contenido, nada más sencillo para el personal al servicio del Presidente que trucar las cintas en cuestión y darles apariencia de inocentes. Un experto puede trucar fácilmente una banda magnética, ya sea por simple supresión de las frases comprometedoras ya sea por inversión del orden de ciertas palabras o grupos de palabras.

Ahora bien, estas operaciones podrían resultar peligrosas si Erwin y Cox, en lugar de confiar en sus simples oídos, sometiesen las cintas a un examen electrónico. El método de trucaje más probable consistiría en la supresión pura y simple de los párrafos comprometedores. Es ésta la forma de trucaje más difícil de detectar por ser la más sencilla. Naturalmente, no subsistiría ninguna cicatriz visible, ya que después de hechos los cortes necesarios y pegados los diversos trozos, la cinta vuelve a grabarse.

Los expertos opinan, sin embargo, que podrían detectarse ciertos saltos. Bob Berkowitz y Elma Stetter, investigadores de los laboratorios Dolby, de Londres (laboratorios célebres por sus dispositivos reductoras de ruidos), afirman que habría que concentrarse no en las voces grabadas, sino en los ruidos de fondo. Inevitables cuando la grabación no se lleva a cabo en estudios especializados.

Estos ruidos de fondo podrían analizarse y ser detectados en trozos de cinta correspondientes a silencios. Podría tratarse bien de ruidos producidos por tubos fluorescentes, bien del zumbido de los acondicionadores de aire o del propio aparato preamplificador. La presencia de hilos eléctricos en la habitación debería provocar igualmente una señal parásita de la misma frecuencia que la corriente alterna de sesenta periodos utilizada en los Estados Unidos. Mediante sistemas de filtro adecuados resultaría sencillo poner de relieve estas señales y detectar eventuales rupturas de ritmo. En efecto, si se suprime un trozo de cinta y se pegan los segmentos que quedan, es más probable que se rompa la periodicidad de tales señales: el tiempo transcurrido entre dos crestas sucesivas de la señal no será exactamente de un sexagésimo de segundo.

Hay otro fenómeno que permitiría descubrir cualquier superchería: el tiempo de reverberación particular de la habitación en la que se ha llevado a cabo la grabación. En las habitaciones de forma ovalada, el tiempo de reverberación es particularmente largo, del orden de medio segundo por lo que respecta al despacho del Presidente Nixon. Todo esto significa que ha de pasar medio segundo antes de que un sonido, cualquiera que sea, se atenúe completamente. Por eso, los trucadores de cintas deben tomar la precaución de dar el tizeretazo medio segundo después de acabado un ruido (ruido de una silla, de un lápiz, de una voz) para evitar que éste termine de modo demasiado abrupto, lo cual no resulta siempre fácil, ya que un segundo ruido puede seguir casi inmediatamente al primero.

Otro experto británico, Angus McKenzie, supone que el sistema de grabación utilizado por el Presidente Nixon debe poseer un dispositivo de regulación automática del nivel de grabación. Este nivel debe regularse constantemente en función de la voz de los interlocutores y de su posición con relación al micrófono. Mal se imagina uno al Presidente manipulando un botón situado bajo su buró mientras discute con Brejnev u otro estadista. Es, pues, preciso en casos como éste un dispositivo automático. Si uno de los interlocutores se aleja del micrófono, el nivel sube y los ruidos de fondo resultarán más fácilmente perceptibles. Si se suprime un trozo de cinta, habrá tal vez que pegar dos segmentos grabados a niveles ligeramente distintos uno de otro, pues el nivel de grabación automática varía sin cesar. Habrá, pues, una discontinuidad brutal en el nivel del ruido de fondo.

Además, aunque sólo se trucase y se volviese a grabar una de las cintas, las demás deberían ser sometidas al mismo proceso. De otro modo, podrían detectarse por contraste los ruidos debidos al magnetófono utilizado en la segunda grabación y sobre todo la llamada corriente de premagnetización, corriente alterna de elevadísima frecuencia e inaudible para el hombre, que sirve para borrar las grabaciones anteriores, así como para reducir las posibles distorsiones durante la grabación.

Ahora bien, dos magnetófonos, incluso del mismo modelo, tienen frecuencias de premagnetización muy distintas entre sí.

Esta agudísima señal no es siempre detectable en una grabación, pero sí puede detectarse y es diferente de la señal producida por el magnetófono del despacho ovalado, ello constituye una prueba de que la cinta es una copia, por lo que lo más probable es que haya sido objeto de trucaje.

Finalmente, resulta muy verosímil el que, con el fin de reducir el volumen de las cintas almacenadas en los archivos, las grabaciones de Nixon se realicen con un aparato de varias pistas, seguramente de cuatro, lo que permite hacer cuatro grabaciones en la misma cinta. Ahora bien, a pesar de la fabricación en serie, no hay dos cabezas magnéticas en las que la separación de las pistas sea idéntica. La variación es a escala de micrones. Todo ello permitiría averiguar si la cinta en cuestión salió directamente del aparato del despacho ovalado o de algún otro.

Es cierto que todas estas astucias técnicas son ya archiconocidas y que un buen experto podría frustrarlas. Pero por increíble que pueda parecer, el «affaire» Watergate ha demostrado que Nixon no ha contado para su bajas tareas con los mejores expertos ni con el mejor material electrónico. Por otro lado, cada nuevo personaje implicado en este asunto aumenta las probabilidades de descubrimiento de una maquinación. Por todo ello, y sea cual fuere el contenido de las cintas, el Presidente Nixon no tiene demasiado interés en expurgarlas. ■ CHARLES SCHREIDER.